

tas de los sofis de Persia, de donde habia pasado á Tarquía; el Dios sin nombre, sin forma, sin profeta y sin límite, continuó siendo el enigma, objeto de meditacion de la secta de los sofis.

## LIBRO DUODÉCIMO

## I

La noticia de la muerte de Amurat II encontró á su hijo Mahomet II en Magnesia, cansado de su destierro, humillado con su inercia é impaciente por volver al trono. « *Que me siga el que bien me quiera* » exclamó lanzándose á caballo, sin dar tiempo á su cóрте para que se dispusiera á marchar. Montado en los fogosos alazanes que están siempre ensillados de distancia en distancia sobre el camino del Asia á la Europa, atravesó las montañas que limitan al Norte la llanura de Magnesia, y corrió de dia y de noche hácia

Mudania, puerto del Propóntide que mira á Galípoli.

Este príncipe, que dos veces se habia sentado ya en el trono, se hallaba en la flor precoz aun de su juventud; no tenia veinte años; su retrato, ejecutado algun tiempo despues por los pintores venecianos mas famosos, y entre otros por Bellini, á quien llamó á su córte, le pinta en toda la energía de una naturaleza sanguínea, donde una voluntad imperiosa hierve en las venas con la sangre. Su estatura era corta y robusta, sus piernas arqueadas por la costumbre de la silla y del divan, sus hombros anchos, su nuca llena de músculos como el toro ó el leon, el cuello corto, la barba poblada y negra, el labio severo, aunque con alguna expresion alegre en las estremidades de la boca, las mejillas abultadas, llenas y sonrosadas con la animada púrpura de una sangre impetuosa, el globo del ojo redondo y prominente, vivo, la mirada pronta á encolerizarse, las cejas naturalmente arqueadas, muy elevadas sobre el ojo, señal de superioridad de raza, y la frente blanca, ancha y tersa como la frente de un hombre que nunca ha tenido que luchar consigo mismo ni con los otros. Su caftan rojo, bordado de oro y bien provisto de armiño, su puñal con mango de plata incrustado de rubíes, su turbante con un penacho amarillo que se eleva como una flor que brota de la frente, atesti-

guan el gusto refinado de los adornos y de la majestad en un hombre que no solo quiere mandar, sino que quiere deslumbrar al mismo tiempo. El conjunto de la fisonomía inspira mas terror que atractivo; se vé un hombre que no es cruel por temperamento, sino que puede pasar alternativamente de la indolencia al crimen, segun la impetuosidad del primer arranque que le domine.

## II

Mahomet II, sin tomar una hora de descanso en su carrera, temblando de que se le escapara el trono por tercera vez, pasó el Propóntide en un esquife, y llegó en dos dias de su destierro de Magnesia á la fortaleza de Galípoli. Una vez que puso el pié en Europa, se detuvo cuarenta y ocho horas para dar tiempo á los magistrados y á los pueblos de Tracia y de Andrinópolis para que le recibieran como á soberano.

Las cartas de los visires de su padre que habia encontrado en Galípoli, le tranquilizaban sobre su advenimiento al imperio sin obstáculo. En su conse-

cuencia, disminuyó la rapidez de su marcha, esperó las comitivas que de Andrinópolis enviaron á su encuentro, y recibió por todo su camino los respetos y obediencia debidos á la majestad de un sultan. Los pueblos habian olvidado sus faltas, y solo se acordaban de su juventud. Todos se prometian mucho de un príncipe educado por un padre severo y bueno al mismo tiempo, corregido por dos lecciones necesarias, experimentado por algunos años de retiro, casado recientemente con una princesa turcomana de una hermosura y de una gerarquía propias para curarle de sus inconstancias, y que al perder dos veces el trono habia aprendido como se conserva al recobrarle.

### III

Los visires, los bajás, los generales, los ulemas, el ejército y el pueblo le esperaban á una legua de Andrinópolis, cerca de una fuente monumental construida por Amurat bajo los nogales que cubren la llanura en torno de esa capital, como los cipreses cubren las colinas de Constantinopla, y los albarico-

ques las huertas de Damaseo. Todos los ginetes al distinguir al sultan se apearon y se prosternaron en el polvo, y en cuanto Mahomet II hubo recibido estos homenajes, la comitiva, el pueblo y el ejército se adelantaron lentamente hácia las puertas de la ciudad deteniéndose de distancia en distancia para sollozar estrepitosamente. A cada sollozo de la muchedumbre, señal de luto y de homenaje á la memoria de Amurat, Mahomet se apeaba de su caballo, y pasándose la mano por los ojos, lloraba ó fingia llorar á su padre con el pueblo. Al llegar á la puerta de la ciudad cesaron los sollozos; y en su lugar mil gritos de alegría se elevaron al cielo. El sultan guiado á su palacio por la muchedumbre, encontró en él la soledad, la incertidumbre y el terror entre un reinado que finalizó y otro que comenzaba. Los ministros del padre ignorando si eran dignos de los favores ó del resentimiento del hijo, se habian abstenido de acompañar al nuevo monarca al interior del serrallo.

Mahomet II les dejó temblar toda la noche, y á la otra mañana, dia designado por el uso para su inauguracion pública á la gerarquía suprema, subió al trono cuando todos los grandes oficiales del imperio, de los genizaros, de los ulemas y del pueblo se hallaban reunidos en los salones y al rededor del serra-

llo. El viejo Ibrahim, antiguo gran visir, y el gefe de los eunucos, fueron los únicos que asistieron á su inauguracion, el uno tranquilo por su edad y por su retirada de los negocios, y el otro por la necesidad de sus funciones de sumiller mayor del palacio.

« ¿Dónde esta Khalil? preguntó el sultan con un  
« asombro fingido á su padre Ibrahim. Anda á decir-  
« le que tome cerca de mi trono el puesto que le per-  
« tenece, y que no le he 'quitado; que continúe go-  
« bernando en tiempo del hijo como gobernó en tiem-  
« po del padre. En cuanto á mi segundo visir, Iskak-  
« bajá, le confio el encargo de disponer las exequias  
« de mi padre y de llevar su cuerpo á la tumba de  
« nuestros antepasados en la mezquita verde de  
« Brusa. »

El gran visir Khalil temia la desgracia y la muerte por haber alejado á Mahomet de Andrinópolis algunos años ántes con un pretexto falso, y por haber vuelto á colocar al padre sobre el trono del hijo, ahora coronado. Semejantes servicios hechos á Amurat II y al imperio, podian parecerle al hijo injurias imperdonables. La magnanimidad de Mahomet le sorprendió sin tranquilizarle completamente, pues los favores en aquellas córtes solian equivaler á venganzas aplazadas. Pero Khalil se lisonjeó con la idea de hacer olvidar en breve la ofensa con los servicios,

y recobrando las funciones de visir-azem, el imperio no cambió de mano.

## IV

Pero habia cambiado de amo el haren de Amurat II. Este príncipe habia dejado á su muerte muchos hijos é hijas, nacidos de sus amores con odaliscas de condicion servil que no inspiraban ningun recelo á Mahomet II hijo de una princesa de Sinope. La princesa de Sinope habia muerto durante la primera abdicacion de Amurat II en Magnesia. La segunda mujer de Amurat, Elena, princesa de Servia, hija de la casa real de esa nacion, no tenia un hijo que pudiera disputar algun dia el trono á su hermano; pero la jóven princesa de Transilvania, Mara, tercera esposa del último sultan, que habia sido adorada hasta su muerte, tenia un hijo de Amurat, en la cuna todavía, que la muerte del padre dejaba expuesto á la cautelosa prudencia de Mahomet. Este hijo, nacido como él de una princesa musulmana, podia parecer un dia á los otomanos un heredero al trono mas legítimo que un hijo nacido de una princesa cristiana.

Aunque la tierna edad de la criatura alejase el peligro para un tiempo en que habria ya podido haber largos años de reflexion, Mahomet II adelantándose al peligro con la precipitacion del crimen, no dejó un solo dia á la compasion ó á la incertidumbre. Lo único que trató fué de ocultar la mano que habia de cometer el delito, á fin de que el imperio incierto sobre las circunstancias del asesinato, pudiese atribuirlo al celo de un servidor intrépido, y pudiese absolverle á él de toda complicidad viendo que castigaba á su cómplice.

Para llevar á cabo ese asesinato eligió á Alí, hijo de Evrenos-Beg, aquel general derrotado por Huniade y por Scander-Beg, que tenia que rescatar sus vergonzosos descalabros en la guerra con servicios mas vergonzosos en el serrallo. Mandóle pues que ahogara en el baño al hijo de la sultana Mara, viuda de su padre, y para que los gritos y la resistencia de la jóven madre que alimentaba á su hijo con su leche, fuesen prevenidos por la prontitud y el silencio del crimen, dió una larga audiencia á la afligida viuda de su padre, mientras se consumaba el asesinato de su hijo.

La desesperacion y los lamentos de [la sultana al volver al haren y al encontrarse con el cadáver de su hijo, esparcieron la noticia del crimen. Andrinó-

polis se estremeció de horror : un reinado que principiaba con un fratricidio tan horrible, le pareció señalado de sangre, y el murmullo de la indignacion general hubo de llegar hasta el serrallo. Mahomet II para ahogar los clamores, hizo que recayeran sobre el secreto verdugo de su propio delito, fingió ignorancia, sentimiento, horror, y mandó que en el patio del serrallo cortaran la cabeza á Alí-Evrenos, para que con su vida se acabaran las revelaciones que habria podido hacer en adelante. Pero al otro dia, como para venderse á sí mismo, en el temor de que la sultana favorita de su padre, no llevase otro fruto del amor en sus entrañas, la obligó á pesar de sus lágrimas á que se casara con un esclavo del serrallo llamado Ishak, degradando de antemano con aquel matrimonio servil todos los recuerdos de su padre, que podria ella despertar en los corazones otomanos.

## V

Fuera que la infortunada sultana Mara le hubiera inspirado durante la vida de su padre mas animosidad á causa de su hermosura y su favor, fuera que no

experimentara el menor temor de degradar en ella á una princesa que ya no tenia padre ni pueblo que vengaran su injuria, lo cierto es que Mahomet II aparentó el mayor respeto de sí mismo y hácia la memoria de su padre, en su conducta con su otra madre política, la princesa Elena de Servia, á quien señaló una rica dotacion sobre el tesoro público de Turquía, cuando la envió á la Servia con su padre, acompañada de los honores y séquito correspondientes á una emperatriz.

Por una vicisitud singular de fortuna, de causa y de religion, aquella viuda de un sultan enemigo de los griegos y de los cristianos, arrancada por la victoria á la córte de Servia para casarse con el vencedor de su padre, y viuda despues de un príncipe otomano, fué pedida en matrimonio poco tiempo despues de su viudez por Constantino, el último emperador griego en Constantinopla, y aunque llegaba ya á los cincuenta años, sus encantos y virtudes hicieron sentir mucho á Constantino los obstáculos que se opusieron á semejante enlace.

## VI

Por un encadenamiento no ménos providencial de las cosas humanas, la hora en que acaeció la muerte de Amurat, fué tambien la señal de la ruina de Constantinopla. Este príncipe paciente y político preveia que la conquista de esa capital, reducida ya, y como cautiva en sus posesiones, aumentaria muy poco la fuerza real de los otomanos, pero que en cambio suscitaria contra ellos nuevas cruzadas y nuevas guerras, que él deseaba aplazar por su propio bien y el de su pueblo. Su visir Khalil, á quien llamaban el *amigo de los infieles*, por el favor que mostraba á los cristianos, sostuvo á Amurat II en aquella longanimidad hácia la débil familia de los Paleólogos, é inspiró despues á Mahomet II los mismos pensamientos de paz: « Siempre hay tiempo, le decia, para tomar lo que no puede escapársenos. » Aunque Mahomet bien penetrado de la habilidad de su visir, contuviera en sí mismo su impaciencia de conquista, desconfiaba un poco de Khalil, atribuyendo como el vulgo su parcialidad por los griegos, á los subsidios secretos que, segun decian, pagaban los Paleologos

al visir, con el objeto de que amortiguara el genio belicoso de su nuevo amo.

Este era el estado de los ánimos en Andrinópolis, cuando una temeridad intempestiva de la corte de Constantinopla hizo estallar la tempestad que Khalil trataba de conjurar en el alma de Mahomet II.

Los embajadores griegos enviados á Andrinópolis por el nuevo emperador de Bizancio, pidieron á Mahomet que pagara á un emir turcomano de Asia el subsidio que le habia señalado su padre, añadiendo que en caso de no hacerlo prestarian sus buques al emir rebelde, para que pudiera pedir justicia á los otomanos, con la fuerza de las armas.

Hasta el mismo Khalil se indignó con tanta audacia de parte de una corte tan decaída.

« ¡ O romeliotas temerarios! les respondió en medio del divan, en un apóstrofe que repitió despues  
« el mismo embajador bizantino; hace mucho tiempo que conozco vuestros proyectos astutos y engañosos; mi difunto señor y amo Amurat II, de conciencia recta y de costumbres afables, os queria mucho bien, pero no así Mahomet II, mi nuevo padischah; si Constantinopla puede escapar á sus embresas, reconoceré que Dios quiere perdonaros aun vuestras intrigas y subterfugios. ¡ O insensatos!  
« Apenas se ha firmado el tratado, y ya venis á Asia

« para espantarnos con vuestras fanfarronadas ordinarias! Pero aquí no somos niños sin esperiencia y sin fuerza; si podeis hacer algo hacedlo; proclamad á Orkhan soberano de la Tracia, llamad á los húngaros, tomadnos las provincias que os hemos quitado, pero tened entendido que nada os saldrá bien y que al fin os vereis despojados de todo. Además, instruiré á mi amo de todo esto, y se hará lo que él resuelva.»

Desde aquel dia Khalil abandonó á los griegos á su triste suerte y se preparó en secreto á favorecer la passion que habia adivinado en el alma de su amo. Jamás las circunstancias fueron mas propicias para la ambicion de los otomanos y mas fatales para la política de los griegos. La última piedra del imperio griego debia hundirse al primer choque. Retrocedamos algunos años para alcanzar el hilo de la decadencia de ese imperio, y entremos un momento en el palacio de Blakernes, olvidado por la tienda de los sultanes.

## VII

El viejo Manuel II Paleólogo, cuya política espectante y servil fué como convenia al cuerpo sin fuerza del imperio, murió dejando cuanto podia dejar, esto es, la sombra de un trono en Constantinopla, y algunos principados en Grecia, distribuidos entre sus hijos. Su heredero Juan III Paleólogo, habia reinado de 1425 á 1448, pero en paz, gracias á la neutralidad tímida y forzosa que habia conservado entre las cruzadas húngaras de Huniade contra los turcos.

Por una contradiccion singular, pero constante, entre el deseo y el afan de un trono y la degradacion del trono deseado, las facciones de un imperio no son nunca mas ardientes, mas multiplicadas y criminales que en el período de decadencia de los imperios. Esto se vió á la muerte de Juan III Paleólogo. La precipitacion y el misterio con que fué enterrado, como para borrar las señales del veneno sobre su cadáver, despertó la sospecha de un crimen, fundado en su muerte prematura, y su hermano Demetrio Paleólogo, príncipe ambicioso, turbulento, conspirador, que agitó en sus últimos tiempos el reinado de Juan por las facciones religiosas y palaciegas, á quienes

pedia alternativamente el favor del pueblo para ser elevado al trono, reunió sobre el féretro de Juan al populacho de los arrabales, queriendo conquistar por la fuerza la corona que no le tocaba. Suponia que habiendo nacido el primero de los hijos de su padre, desde que este reinaba, sus derechos debian prevalecer contra los de sus hermanos nacidos en efecto ántes que él, pero ántes tambien del reinado de su padre comun. La emperatriz madre, el senado, el clero, el pueblo de la ciudad, le contestaban, con el ejército regular, ese caprichoso derecho de primogenitura, y defendian el título de Constantino, hijo mayor de Manuel, y poseedor de la Morea. Tomás, hermano segundo de Constantino, que se hallaba entónces en Constantinopla, reconocia igualmente los derechos de Constantino. El imperio en suspenso esperaba un amo. Constantino, advertido por su padre y por Tomás, coronado en Esparta, se escapó de los buques turcos que bloqueaban la Morea para imponerle condiciones á la ocupacion del trono. Desembarcado como fugitivo en Constantinopla, fué recibido como emperador. Sus hermanos, Demetrio y Tomás, reconciliados por la emperatriz madre, se abrazaron delante de él para sellar una paz perpétua, y fueron á reinar en su puesto en la Grecia, bajo la soberanía de los otomanos.



## VIII

Constantino XII Paleólogo era uno de esos hombres que la Providencia, cansada de vanos favores, reserva á veces á los imperios decaidos, no para levantarlos de sus ruinas, sino para dar lustre á su caída. Nacido de un padre justo y bueno, educado por el oficial superior del palacio Cantacuceno, muy esperto en las letras y en la política, criado por una madre perseguida y heroica que le habia comunicado con la leche la paciencia que da la sabiduría y la desesperacion que infunde el heroismo, acostumbrado hacia mucho tiempo á las hazañas y á los descalabros en las guerras de Morea contra Amurat II, vencido, pero no degradado en su derrota, indignado de las intrigas del palacio de Blakernes que los griegos de Bizancio llamaban de la política, tenia en sí todo cuanto debia tener un soberano por aquella nacion corrompida, desprecio, conmiseracion y afecto.

Propúsose encontrar en razas mas sanas y belicosas los auxiliares que necesitaba para los dias de prueba que iba á sufrir su país, y envió á Franza, encargado del vestuario, ó gran maestre de ceremonias de

palacio, como embajador á Trebisonda para pedir en matrimonio á la hija del rey de Georgia. Los georgianos, ó los iberos, raza cristiana de las montañas del Cáucaso, eran lo que son hoy, un pueblo de soldados, por cuyas venas corre el espíritu militar junto con la sangre, y podian ofrecer á Constantino Paleólogo, con una princesa de su casa real, unas tropas capaces de medirse con los otomanos. Franza que ha descrito en sus notas, que tienen el valor de un tesoro histórico, los últimos años y la ruina postrera de su patria, salió para la Georgia con esa comitiva oriental compuesta de nobles, frailes, médicos, músicos y mujeres que la decadencia griega, á falta de fuerza real, ostentaba todavía á los ojos de los pueblos vecinos.

El maestre de ceremonias despues de haber dado cima á su negociacion con un buen resultado, se volvió á Constantinopla, quedando convencido que para la primavera iria á buscar á la emperatriz con una pompa mas imperial que ántes. El embajador se encontró á Constantino muy desalentado con los obstáculos, los vicios y la pusilanimidad de su nueva corte; las palabras que dirigió á su confidente, son los presentimientos interrumpidos de lágrimas de un príncipe que no era grande sino para medir mejor la pequeñez de su pueblo.

« Desde que perdí á mi madre y á Cantacuceno,  
 « los únicos que me daban consejos desinteresados,  
 « me hallo rodeado, dijo el soberano de Bizancio, de  
 « hombres que no me inspiran ni amistad ni confian-  
 « za, ni estimacion. Ya conoceis á Lúcas Notaras, el  
 « grande almirante, que adherido con obstinacion á  
 « sus propios sentimientos, asegura por todas partes  
 « que dirige mis pensamientos y acciones. Los demás  
 « cortesanos no tienen otra norma que el espíritu  
 « de partido, ó sus miras de interés personal; ahora  
 « bien ¿debo consultar con los frailes mis proyectos  
 « de política ó de matrimonio? Necesito todavía va-  
 « larme de vuestro celo y actividad; en la primave-  
 « ra próxima persuadiréis á uno de mis hermanos  
 « para que solicite en persona el socorro de las po-  
 « tencias de Occidente; de la Morea iréis á Chipre  
 « con una comision secreta, y de allí pasaréis á  
 « Georgia para traer á la emperatriz futura. »

## IX

El emperador y los mejores ciudadanos de la capi-  
 tal habian renovado las tentativas de fusion entre la  
 Iglesia griega y la Iglesia romana, con la esperanza

de que una misma fe ligaria en estrecha alianza á  
 todos los miembros de la cristiandad para la salva-  
 cion comun de los adoradores de Cristo. La argucia  
 metafisica que formaba todo el cisma entre ambas  
 Iglesias, no era un motivo razonable para que se  
 eternizaran los disentimientos entre las dos familias  
 evangélicas. Dos veces ya la sabiduría mútua de los  
 hombres de Estado y de los ilustrados pontífices de  
 Roma y de Constantinopla, habia ahogado en prin-  
 cipio aquella disension mediante concesiones recí-  
 procas y en virtud de un símbolo comun. Pero el  
 pueblo de Constantinopla no habia ratificado jamás  
 aquellos tratados de concordia. Se diria que una de  
 las necesidades del espíritu humano es la discusion  
 de los dogmas sobrenaturales. Aquel pueblo griego  
 que habia construido en la teología un cristianismo  
 oriental en medio del choque de las imaginaciones y  
 de los partidos, le habia corrompido con sus vicios,  
 y se creia con derecho para interpretarle por sí solo  
 siguiendo el capricho de su obstinacion. Por consi-  
 guiente no queria tregua ni paz con Roma. La Gre-  
 cia la habia transmitido sus dogmas, y Roma se los  
 devolvía ahora á la Grecia impuestos por una sobera-  
 nía pontificia que humillaba al patriarcado bizantino.  
 Ya hemos visto como el pueblo de Constantinopla  
 habia obligado al emperador Manuel y á sus sacerdo-

tes negociadores de la paz religiosa de Florencia, á desgarrar el tratado, á negar la negociacion y á restablecer por sí mismos el cisma tan apetecido por el fanatismo de los griegos.

Desde que abortaron aquellas negociaciones, la procesion metafísica del Espíritu-Santo de una ó dos personas de la divina Trinidad, y el pan con levadura ó sin ella en el misterioso sacrificio de la Eucaristía, habian dividido con mayor encarnizamiento que nunca á los griegos y á los latinos. El infortunado Constantino, que juzgaba estas discusiones, mas como patriota que como teólogo, se esforzaba inútilmente en ahogarlas bajo la urgencia de una reconciliacion necesaria para la salvacion del cristianismo de Oriente, pues tropezaba con obstáculos invencibles en el fanatismo de sus frailes, lepra que corroia el Oriente, y en las preocupaciones de su pueblo animado por el espíritu de los frailes. Sin embargo, envió á Roma, casi sin que lo supieran ellos, varios embajadores á implorar la ayuda del jefe de la Iglesia de Occidente, prometiendo la próxima reunion de ambas iglesias, y solicitando cuando ménos, que enviara el papa un legado á Constantinopla para cimentar la union. El papa Nicolás V, lleno de resentimiento contra la obstinacion de los griegos, fulminaba anatemas contra ellos en vez de socorrerlos, y señalaba á los turcos

como los instrumentos de la venganza de Dios contra aquellos cismáticos que hacian añicos el Evangelio. No obstante, Roma envió á Constantinopla un legado, el cardenal ruso Isidoro, con el encargo de recojer la firma del emperador para las actas del concilio de Florencia. Con esta condicion, el papa prometia llamar á la cristiandad católica á las armas.

Isidoro llegó, y el emperador estampó su firma; mediante un sacrificio celebrado segun el rito romano y griego, conciliados en las ceremonias consentidas por el concilio de Florencia, se reunieron el legado del papa y el patriarca griego en presencia del pueblo, en la iglesia de Santa Sofia. Pero el aspecto inusitado de las insignias del sacerdote romano que celebraba los misterios, el pan fermentado consagrado en vez del pan sin levadura, el agua fria en lugar del agua tibia, que echó el sacerdote en el cáliz, escandalizaron de tal modo á los frailes y al pueblo, que los griegos vieron en la misa latina un sacrilegio imperdonable. En vano el emperador, el patriarca, los patriotas y los políticos quisieron calmar la sedicion de las costumbres; un fraile venerado por el populacho que se llamaba Genadius, anatematizó desde el fondo de su celda la *abominacion latina*. Las mujeres y las jóvenes que llenaban los monasterios gritaron espantadas, se vistieron de luto y recorrie-

ron la ciudad lamentándose en procesiones sediciosas á la voz de Gennadius. El populacho y los marineros del puerto, que despues de aquellas procesiones corrieron á las tabernas, se embriagaron con el vino que pagaban los frailes, prorrumpieron en mil imprecaciones contra el emperador y los cobardes que mendigaban, vendiendo la fe de sus antepasados, el socorro de los impíos de Occidente, y brindaron por la Virgen protectora de Bizancio jurando que no necesitaban mas alianza que la de la madre de Dios contra los enemigos de su Hijo. La iglesia de Santa Sofía contaminada á sus ojos por la celebracion de los misterios con el pan sin levadura, fué abandonada por todos los fieles, y aun los porteros del templo, negándose á servir á los sacerdotes latinos, desertaron de un edificio que habia sido profanado por el sacrilegio. No faltaron milagros para los crédulos, y una porcion de frailes bien quistos entre la muchedumbre, esparcieron por todas partes predicciones de proteccion sobrenatural para la ciudad santa de Constantino, que desviaron al pueblo de todo otro camino de salvacion que el que le ofrecia su fanatismo.

El emperador despopularizado por su negociacion con Roma, no pudo contar sino con su valor y con el reducido número de soldados intrépidos que habia traído consigo de Esparta ó que esperaba de Georgia.

## X

Durante esta agonía del imperio griego, y mientras Constantino quedaba desarmado de aquel modo por sus propios súbditos, Khalil reclutaba en silencio los dos ejércitos de Europa y de Asia, para ofrecerlos á su amo cuando llegara el momento decisivo. Los genízaros, que eran los únicos acostumbrados á imponer á Mahomet II sus exigencias durante su primer reinado, agitaron tambien su trono en el segundo; pero no encontraron ya en el mismo hombre el amo de ántes; Mahomet habia crecido de corazon al crecer en años.

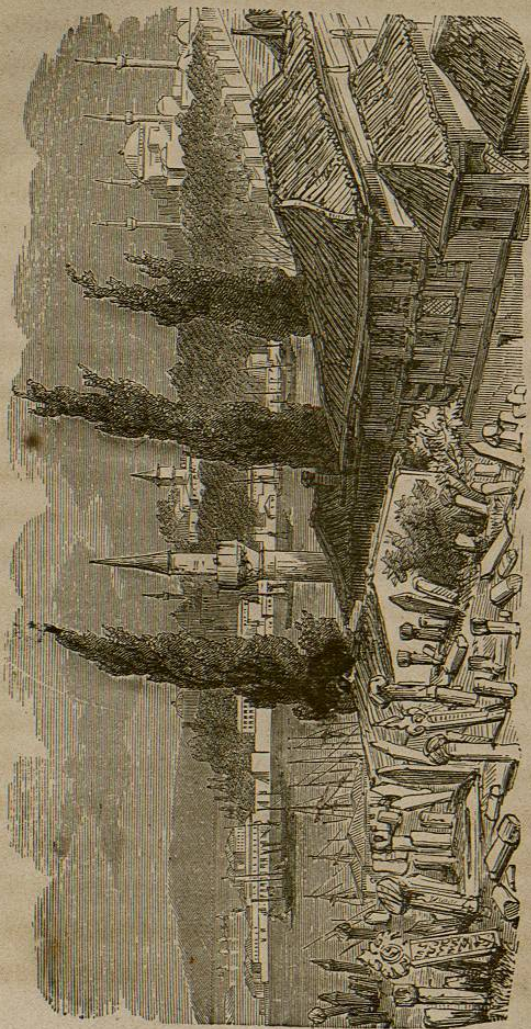
En los pocos meses que el príncipe pasó en Brusa para rendir los honores fúnebres á su padre, y para apaciguar los desórdenes en la Caramania, los genízaros se sublevaron para arrancarle la gratificacion que imponian á cada nuevo sultan que subia al trono. Mahomet les arrojó diez bolsas de oro con repugnancia y con indignacion, pero al otro dia abofeteó con sus propias manos á su gefe en el rostro, el aga de los genízaros, para reprimir la sedicion de sus

soldados, incorporó en sus filas á siete mil guardas de caza ó halconeros de su casa, para cambiar el espíritu de cuerpo, y nombró aga de los genizaros á Mustafá-Beg, su general mas adicto é inflexible.

## XI

Encerrado despues de este acto severo en el serrallo de Brusa para mostrar su descontento á aquellos soldados insubordinados, les privó con desden de su presencia; pero esta larga reclusion del sultan produjo una sedicion mucho mas fuerte que la otra. Corrió entre los genizaros el rumor de que el sultan enervado por las mujeres y enamorado locamente de una jóven esclava siria de su haren, de una hermosura extraordinaria, se aletargaba con la influencia de sus hechizos y se consumia en una voluptuosidad enfermiza y cobarde. Los genizaros apasionados por la vida y la gloria de su amo, se reunieron, forzaron la guardia de las puertas, entraron en tumulto por los patios del serrallo, y pidieron su amo á voz en grito.

Mahomet II se presentó con un rostro sereno, y los reconvino por su venalidad, y ellos se prosterna-



CONSTANTINOPLA. — PUNTA DEL SERAL.

T. III. p. 203.

ron á sus piés, implorando su gracia. Los que estaban mas cerca, y los mas atrevidos le explicaron el motivo de su tierna inquietud y de su solícito levantamiento. Mahomet II sin responderles, ordenó al gefe de los eunucos que cortara la cabeza á la hermosa esclava cuyo amor suponian que él preferia á su gloria, y que la arrojaran en medio de los soldados amotinados para mostrarles como sabia despreciar el amor. Los genizaros convencidos y apaciguados por aquella horrible prueba, se retiraron admirando á un sultan que se sacrificaba con tanta facilidad en lo que mas queria, por amor al imperio; se estremecieron, se callaron y con el terror que les inspirara aquella accion, volvieron á entrar en la senda del deber, por todo el tiempo que duró aquel reinado.

## XII

Algunas otras acciones tan prontas y sanguinarias como aquella señalaron la presencia del sultan en Asia.

Una pobre mujer de un aldeano de las cercanías de Brusa, se quejó de que varios pajes del palacio